

Nota: Murió... una tarde de domingo a las tres, y las esperanzas de vida que sostenían a una familia se esfumaron como la bocanada, perenne, que le obligó a partir de entre los vivos. **Testigos del humo, creadores de él** es un trabajo escrito y editado en audio cuando el protagonista enfermo aún respiraba. Los nombres no nos fueron indispensables porque la historia, sentimos, llena los vacíos que ellos pudieran dejar.

Testigos del humo, creadores de él

Por Yetel Ricaño Noguera

Un cáncer de pulmón y solo tres meses de aliento, dictan los médicos. Una familia, un futuro y un enfermo en pugna por vivir. El desgaste de los sueños, el abrazo a la esperanza, las ilusiones que se pierden entre padres e hijos atados al mismo vicio que los atacó. Testimonio sobre vidas que el tabaquismo hiere.

En busca de una voz

Casi en el centro de nuestro pueblo, que es un parque y sus alrededores inmediatos, una casita con licencia de construcción aprobada, alberga dentro a una familia de cuatro: triunvirato de mujeres y un hombre en cama.

Somos tres los que llegamos. La puerta está cerrada, aunque no del todo, y dentro un televisor reproduce videos de moda. A Villegas, el periodista que nos acompaña en calidad de amigo de la familia, le conocen ya y, él mismo, nos presenta.

Vamos casi directo a un cuarto pequeño con cama de hospital y balón de oxígeno incluido y nos recibe, sentado en la cama, nuestro entrevistado, por décadas locutor, con un impresionante timbre en la voz que, apenas, deja entrever el cáncer de pulmón avanzado que los médicos aseguran se extiende fulminante. Es él único que concedió darnos una entrevista.

Nos sonreímos mutuamente y el hombre conversa con el amigo en una de esas conversaciones casi sin palabras en las que cada uno supone lo que el otro sabe y es "preferible" no decir. No transcurren más de dos minutos. -¿Ya te vino a ver...?-, -Si ya vino y también estuvo por aquí...- e inicia una enumeración que la voz apaga antes que el recuerdo.

Pareciera que hay normalidad hasta que su vista se desvía del amigo de años para incluirnos en la conversación o para evitar que la mirada de éste descubra lo que la nuestra: unos ojos que intentan ahuyentar las lágrimas que afloran ante la certeza que muchos tienen, y hasta él también tiene un poco aunque no se resigna, de que pronto se nos irá. ¿Se nos irá?

Ahí entendí lo que después confirmaron sus palabras. No podría hablar porque le faltaba demasiado el aire y con falta de aire -él, que fue locutor tanto tiempo- no se puede platicar. Quizás presagia que el cuestionario que envía el médico y al que muy poco le adjuntamos nosotros será demasiado duro para contenerse. Es un hombre que quiere vivir y que lucha por ello. Pero esta vez, comprendí, llegamos tarde a su voz y, por ende, a su historia.

De ahí la decisión, consultada, de hablar con la familia. Un testimonio sobre las consecuencias de un hábito que, amargamente descubrimos, no solo arraigó en él.

No basta cuidar dos frentes cuando se tienen tres.

Sentados en la sala, a unos cinco metros de la habitación donde descansa un enfermo con cáncer de pulmón, dos mujeres, la nieta y la esposa, olvidan la grabadora que capta sus voces y narran un poco la experiencia de los años y de los últimos tres meses junto a él. Cerca y en silencio permanecen la hija, una vecina y Villegas, colega nuestro y amigo de la familia a la vez.

«Mi abuelo fue siempre del tipo de persona que se cuidaba. A él todos los tratamientos que le decían que eran beneficiosos para su salud, por ejemplo, la uña de gato, los mismos tratamientos con Noni, (...) todo eso él se lo tomaba porque decía que era bueno para su salud.»

Es la imagen que conservan. Un hombre empeñado en cuidar de sí, en velar por su familia y en alimentarse bien. Quizás por eso sea tan difícil asimilar que los médicos solo pronosticaran de dos a tres meses de vida luego de realizarle una Tomografía Axial Computarizada.

Cuando la esposa lo conoció, a los 18 años, probablemente ya se cuidaba, pero también fumaba. Ahora él tiene 70 y, ella, 73. Su nieta toda la vida lo vio fumar, mas no saben definir cuándo empezó.

«Era un fumador convencido, una cosa arraigada en él desde niño, -nos diría Villegas después, ya fuera de la casa-. Toda su vida fumó. Él siempre me lo dijo que, desde niño, fumó. Fue un fumador empedernido. A veces, estaba en la cabina y me decía: “Ville voy a salir porque tengo que fumarme un cigarro.” Yo a veces lo castigaba y le decía que no, pero... bueno yo era un fumador también y lo dejaba que saliera ¿no?»

Se habla de una o dos cajas en 24 horas, que como era locutor y trabajaba en las noches eso le relajaba. ¿Intentó abandonarlo? Varias veces, nos dice la nieta, y enuncia las gripes que duraban semanas y hasta un mes, y la falta de aire sin padecer asma y el insomnio que le prohibía dormir bien. «... cuando decía que lo iba a dejar se pasaba la mitad del día sin fumar y, cuando ya lo estabas mirando, estaba fumando otra vez. Y entonces se fumaba el doble. Lo que había dejado de fumar por la mañana se lo fumaba entonces por la tarde.»

Hasta que le inició una gripe “mala”. Al principio era normal, luego la familia tuvo temor de la pandemia AH1N1. Él no quiso atenderse, dijo que eso pasaba. Pero la gripe empeoró y, en el transcurso de un mes, se hizo fija una tos perenne con falta de aire que solo el Salbutamol, de la esposa asmática, aliviaba. No expectoraba nada. De día, solo se levantaba a almorzar y a comer, y las madrugadas las pasaba frente al televisor porque dormir no podía.

El Médico de la Familia acudió ante el llamado de la hija. Luego del reconocimiento y los síntomas indicó hacer una Placa. En ella, una mancha: ¿tuberculosis o tumor? Eran necesarias más pruebas, un ultrasonido y una segunda placa que no se quiso hacer porque, dice la nieta: «Mi abuelo era también del tipo de persona que pensaba

que sabía de todo. Tú le decías para ir al médico y él decía que no, que él se curaba solo. No sé si era miedo, si era que él era autosuficiente... o que él pensaba que era un dios en el cielo.»

Pasaba el tiempo y ya le costaba caminar. Cuentan que un día salió al correo, a unos 100 metros de la casa, para cobrar la chequera y, a la vuelta, tuvieron que llamar a la hija para que fuese a buscarle porque le tenían sentado en el parque casi desmayado. Apenas podía respirar.

Al fin, su asentimiento, los análisis y las pruebas. Es un tumor, dicen los médicos, pero siguió fumando hasta más de un mes después de saberlo: «Él me dijo que prácticamente podía asimilar eso, que si él había ganado en dos guerras, él podía ganar esta», dice la esposa. Pero su rostro muestra dudas. Es la salud, aclara, ya no se trata de balas a esquivar.

Ahora ya no fuma. Quienes lo hacen son la esposa y la nieta. Hasta tres en el día, aseguran, y tres y cuatro en las madrugadas para ayudarse con el estrés. Hay que velarlo constantemente porque siente que se ahoga a ratos.

De los médicos no tienen quejas. Van a visitarle a diario y le están poniendo sueros en el hospital con periodicidad. «Estoy muy agradecida de ellos —afirma la esposa— por consejos que nos están dando, nos están ayudando con él, que él tiene una fase muy avanzada. Mucha esperanza en que, por lo menos, le den un tiempo más de vida si pueden... estoy muy agradecida de Salud Pública.»

Y es casi lo único que le queda por hacer: agradecer, preservar, esperar y tener fe. Han pasado los tiempos de cuidar dos frentes cuando se precisaba velar por tres. Y es que, esta vez y no será la única, la Uña de Gato, la tolerancia y el Noni no fueron rivales ni para la nicotina ni para el alquitrán.

Y todavía fuman

«Todavía es y es difícil porque... no nos adaptamos a la costumbre. No es... no es esa idea que uno se hace: que esté enfermo. Es duro. Es duro porque... estoy adaptada a siempre verlo aquí... y ahora está el día entero acostado...»

Aspira, profundo y lento, y devuelve el aire con labios temblorosos. Acaso es la forma de contener el torrente de sentimientos que se le encima. Ahora mira a otras partes menos a mí, mientras la grabadora solo capta su silencio y el sollozo que intenta ahogar.

Seca las lágrimas que corren por su rostro de 22 años. Agarra la fosforera y la caja de cigarrillos H-Upmann que permanecieron a un lado, en la mesita, durante toda la conversación, y se apresta a salir veloz de la sala rebelándose contra los brazos de su madre que, durante unos segundos, la retienen.

Camina rumbo al patio, dejando atrás la estela segura del humo del cigarro que sabemos ya, se fumará. Y atrás queda también la habitación, a mitad de camino, de su abuelo, que acaso la vio pasar rápido, como volando, o sintió callar las voces que desde hace rato se escuchan mientras un balón de oxígeno le ayuda a respirar.

Medio siglo de cigarro fuerte en sus labios le gana hoy un cáncer avanzado de pulmón. Está en casa rodeado de la familia. Los médicos pasan a verle en la mañana y en la tarde y a su disposición un listado de números a los que llamar si, de improviso, se pone malo.

«No fue fácil... -nos dice la esposa- de tener que saber la situación. Yo hace 52 años que estoy con él y los otros días me dijo que me iba a dejar sola para siempre y le dije “¿por qué?”. Me dijo “porque me siento muy mal”. Lo saqué en una silla de rueda para un balance a ver el televisor, y le dije “vamos a ver el televisor” y se le olvidó. Me dijo “¡ponme el oxígeno que me estoy ahogando!”. Y me lo llevé para el cuarto, le puse el oxígeno y hasta la fecha, ahora no sé... si estará dormido o estará...»

Más que entrevista fue desahogo de una familia que vertió sus miedos, sus fantasmas e inseguridades sobre el futuro. Esposa, hija, nieta, y el hombre. Un fumador empedernido y dos mujeres iniciadas y ancladas en el hábito, quizás –confiesan- de tanto encenderle el cigarro en otras épocas.

Ahora ya no hay más cigarros para él. Hace más de un mes que no fuma, hace tres que le descubrieron la enfermedad. Pero en la casa, en que tanto humo incendió la esperanza de vida, aún se prende fuego.

«Yo puedo hacer el propósito, pero al decirme yo misma que “lo voy a dejar” me puedo estar engañando, -nos confesó la nieta- porque eso depende también de la fuerza de voluntad que tenga cada persona. Y en estos momentos no me siento con esa fuerza de voluntad, porque la poca fuerza que tengo, tengo que dársela a mi familia, no puedo estar dándomela yo misma.»

La esposa también fuma desde los 30. Un hijo que no vive con ellos está operado de obstrucción en las venas a causa del hábito. Lo piensan dejar -el cigarro-, algún día, siempre futuro.

Nos vamos. Demasiado pesar volcado ya. Hay despedida con besos y la nieta regresa, más sosegada, con aroma a H-Upmann. Y así... el cigarro que hoy se lleva una vida, la aplasta, la oprime en una cama, sostiene ligeramente, penosamente, la existencia de una familia... por ahora.

*Publicado el 21 de mayo de 2011 en la sección HISTORIA del Especial “Del lado sano del pulmón”, sitio web Tiempo21. (Incluye audio y foto)

<http://www.tiempo21.cu/Salud/multimedia/main.html>